

El Tablero de Enfrente

## La Libertad de Prensa

Por Emilio Uranga

Desde hace dos semanas se oye hablar en México, lo mismo en círculos especializados que en los que no lo son, de un solo tema: la libertad de prensa. El común denominador de todas estas pláticas parece ser también único, unificante, digamos más afionadamente, y consiste en sostener, todos, que saben muy bien qué hacer con la libertad de prensa. Se lamenta, es claro, que se la amenace, pero se está absolutamente seguro de que prevalecerá incólume cualesquiera que sean los ataques que la vulneran. Nadie se plantea el problema de que la libertad de prensa pueda estar tan amenazada mortalmente que nadie se la quiera echar a cuestras, a su entera responsabilidad y, sin embargo, es lo que ha sucedido. La libertad de prensa, en sus representantes efectivos, en sus actores o protagonistas, está siendo atentado físicamente inclusive hasta el asesinato material o físico. ¿Por qué llama tan poco la atención el hecho brutal, el amago inmediato e inminente.

La muerte violenta y criminal de Manuel Buendía produjo una reacción inagotable de declaraciones, de artículos, de comentarios, de recuerdos, de homenajes, de reconocimientos. Lo que no produjo es la reflexión de que el crimen campea cada vez más en todas partes, en todos, en todos los órdenes o desórdenes de nuestra sociedad. Ya habíamos casi transado con la idea de la desprotección, de la impunidad, pero, ¿hasta dónde iría a llegar? De repente el asesinato de Manuel Buendía nos pone otra vez sobreaviso a la advertencia de que no hay estrato o persona asegurada, en resguardo. Y este sencillo hecho parece pasar como una cosa sin más cuando que es justamente lo alarante.



Se razona algo así como que los periodistas son candidatos «naturales»: al amago, a la amenaza, a la violencia represiva y se pasa adelante como cosa, también, de índole «natural», normal. Las autoridades, lo mismo que los gobernados, se ponen a observar los acontecimientos en una pasividad, no tienen otro nombre, que al observador imparcial se le aparece como sencillamente espantosa. ¿Tan desarmados estamos?

Se consigna como una cosa normal que el periodista se hiciera secundar, no de guaruras o de guardaespaldas, sino de un personaje, el mismo experto en el manejo de la pistola, en el disparo de las armas de fuego. No es que se quiera decir que el periodismo sería una profesión pacífica y franciscana, pero tampoco a cualquiera se le ocurre sugerir que al representante de la libertad de prensa se le convirtiera simultáneamente en un experto, en un campeón de la reyerta armada. Bien a bien no sabemos cómo valorar el indiscutible acontecimiento de un Buendía tirador, apunta blancos, con su gabardina provista de una tela contra la penetración de balas. Y tenemos que volver el recuerdo hacia aquellos tiempos del México bárbaro en que el ciudadano armado con un revólver era la figura familiar, casi paterna. Así se

combina de extraña y siniestra manera la impunidad y el pistolero sin poderlo evitar. Y como nos confesamos en un estado nacional de crisis no nos llama mayormente la atención esta amalgama que tantos presagios trágicos acumula. La sociedad nos está acostumbrando a estos roles o papeles que apenas el día de ayer parecerían insólitos y desusados, dejados caer en la historia que ya no serviría para nada, mucho menos para reverdecer o entrar en escena.

Yo conocí a un Manuel Buendía, como director del periódico La Prensa, completamente tranquilo, muy consciente de sus deberes diarios y que sugería los editoriales convenientes conmigo de una manera reposada, reflexiva y pensante. Jamás me pasó por la cabeza imaginar detrás de aquel urbano personaje a un tirador bravío y jamás lo vi alterarse, ni siquiera apasionarse hasta transparentar al intrasigente, al fanático.



Sabía que Buendía había sido un partidario acérrimo del Partido Acción Nacional, aunque aquello quedaba simplemente como dato sin mayor peso de decisión, o de orientación. Así lo conocí. Que después «deviniera» un héroe de denuncia implacable ya no me tocó verlo operar. Pero ha sido sin duda este último avatar de su existencia el que marcó definitivamente el rumbo de su vida. Y así se explica que a su vez haya destacado en su personalidad al hombre amante de la pistola y de los tiros acertados. Lo abatieron las armas. Y ahora es lo que sus seguidores quieren conservar como su imagen imperecedera. La vida manda e impone sus exigencias sea cual fuere el estado en que lo vimos agitarse en otra época.

Quedemos, pues, en el registro de que la libertad de prensa no está amenazada en nuestro país ni por los tiros de los asesinos, aunque, eso sí, esos asesinos andan sueltos y proliferan. ¿Que los aprehendan? ¿A cuántos, a cuáles? Todavía estamos y estaremos a la espera de que algo se sepa... que lo sepa la policía acerca de los asesinos de Buendía. La libertad de prensa no puede hacer otra cosa que homenajes a la libertad de prensa. Valga la redundancia y la inutilidad. Una larga historia ha hecho que el hombre de nuestras sociedades se entregue a la libertad de prensa pase lo que pase. Que estos crímenes no le quiten el vuelo. Tampoco que se lo den, conviene ser honestos. Se dice que hay que imitar, que hay que seguir el ejemplo. ¿Qué se quiere decir en este caso? ¿Tal vez que habrá algunos que se dejarán matar, que serán sorprendidos? ¿Tal vez que habrá otros que se encontrarán prevenidos y que sus asesinos los encontrarán dispuestos a repeler la agresión con las armas en la mano? Vaya usted a saber todas las conductas posibles y todas las repeticiones o innovaciones que seremos capaces de ver. En todo caso lo cierto es que la libertad de prensa sigue su camino en medio de efectividades y de naderías como todo lo humano.